

## EDUARDO RUIZ Y SU HISTORIA DE LA GUERRA DE INTERVENCION EN MICHOACAN

*Moisés Guzmán Pérez*

### Los años de formación

Uno de los escritores michoacanos de la segunda mitad del siglo XIX que más destacó por su actividad política y por su vasta obra literaria fue, sin lugar a dudas, el licenciado Eduardo Ruiz Alvarez.<sup>1</sup> Mariano de Jesús Torres, amigo cercano de nuestro personaje y uno de sus primeros biógrafos nos dice que nació en el pueblo de Paracho, perteneciente al distrito de Uruapan, Michoacán, el 22 de mayo de 1839; fueron sus padres don Toribio Ruiz y doña Josefa Alvarez de Ruiz.<sup>2</sup>

Ambos eran originarios de Nurío, de sangre indígena y hablantes del tarasco. Esto desde luego no fue obstáculo para que don Toribio, en los viajes que hacía a la ciudad de México llevando artículos de barro y madera para su venta, adquiriera, con la ganancia de sus productos, libros de Derecho y Ciencias Naturales y se dedicara al estudio en forma autodidacta. Hombre

- 
1. El mejor estudio bio-bibliográfico sobre Eduardo Ruiz es el de Pedro Leonardo Talavera Ibarra. *Eduardo Ruiz o el Fausto de la ciudad del progreso*, (Col. Pluma Decimonónica No. 2), Morelia, Universidad Michoacana, 1985. También es interesante el estudio de Pavel Hernández Cadenas titulado: *Eduardo Ruiz. Su obra y su Tiempo*, (Tesis de licenciatura), Morelia, Universidad Michoacana, 1987.
  2. *La Lira Michoacana*. Periódico quincenal de literatura y amenidades dedicado a las señoritas, y redactado por Mariano de Jesús Torres, Morelia, Imprenta del Autor, 1894, p.605.

inteligente, de enorme tesón, llegó a ser escribano público en Uruapan y desde un principio se afilió al partido liberal, estrechando lazos de amistad con Melchor Ocampo, Santos Degollado y Epitacio Huerta; entre 1850 y 1851 desempeñó el cargo de prefecto del partido de Uruapan, y durante la Revolución de Ayutla fue nombrado comandante militar de ese departamento por el jefe suriano Juan Alvarez.<sup>3</sup>

La influencia que el joven Eduardo Ruiz recibiría de su padre sería en verdad notable y trascendental en su vida. De él aprendió el idioma tarasco que mucho le serviría para la redacción de sus textos históricos; las buenas relaciones que don Toribio tenía con el regente del Colegio de San Nicolás, Santos Degollado, facilitaron las cosas para que Eduardo ingresara con beca de gracia a aquel establecimiento; y sobre todo, los principios político-ideológicos que Eduardo adoptó en el transcurso de su vida también se los inculcó su padre, lo cual se vio ciertamente favorecido por la visita que hacían a la casa de la familia Ruiz en Uruapan, personajes como Ignacio Comonfort, José María Arteaga, Santos Degollado, Manuel García Pueblita y otros jefes militantes en el partido liberal.

Eduardo Ruiz inició su vida de estudiante de primaria en la ciudad de Pátzcuaro bajo la dirección de don Francisco Carrillo, connotado liberal de la región; posteriormente pasó a continuarlos en Uruapan por indicaciones de su padre, pues lo habían nombrado prefecto de aquel distrito y toda la familia se trasladó a aquella próspera ciudad. Hacia 1852 ingresó al prestigiado Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo en la ciudad de Morelia, reabierto desde 1847 por el gobernador Melchor Ocampo y en el cual se formaron buena parte de los liberales michoacanos que figurarían años más tarde en la vida política del país. Ahí, en San Nicolás, Ruiz estableció amistad con Francisco Pérez Morelos, Anselmo Padilla, Alipio Gaitán, Antonio Mora, Luis González Gutiérrez y Mariano de Jesús Torres, todos ellos de tenencia liberal. Concluidos sus estudios de abogado y siendo todavía pasante, se desempeñó como oficial redactor de la secretaría de gobierno en 1862; al año siguiente obtuvo el título de escribano público y el

---

3. Talavera Ibarra, Pedro Leonardo. *Op.Cit.*, pp.14-15.

de abogado en 1864 en Uruapan, a donde se había trasladado el gobierno republicano en virtud de estar tomada la capital del estado por los imperialista.<sup>4</sup>

Las simpatías que Ruiz abrigaba hacia el partido liberal hicieron que a finales de 1864 el coronel imperialista Lemus lo deportara a Morelia para vigilar más de cerca su activismo político; a Eduardo no le quedó otra opción que emplearse unos meses en el despacho del escribano público, Atanacio León, hasta que a principios de 1865 escapó de Morelia y se fue a incorporar a las filas republicanas con el carácter de secretario particular del general Vicente Riva Palacio. Después figuró como secretario de gobierno de este mismo jefe cuando fue nombrado gobernador de Michoacán; también durante la guerra de intervención, Ruiz desempeñó el puesto de juez de letras de los distritos de Uruapan, Huetamo y Apatzingán, y de auditor de guerra en el estado mayor del general Nicolás de Régules, jefe del ejército del centro.<sup>5</sup>

Reestablecido el gobierno republicano, el gobernador de Michoacán, Justo Mendoza, lo nombró su secretario particular y le asignó la redacción del *Periódico Oficial*, el cual Ruiz sostuvo incluso hasta los primeros meses de la gubernatura de Rafael Carrillo. Fue diputado al congreso del estado en 1867 y de nuevo juez de letras del distrito de Uruapan en 1872-1873. En la administración del presidente Lerdo de Tejada figuró en el congreso general que elevó al rango de constitucionales las leyes de reforma y estableció el senado. Su filiación al lerdismo y la caída de esta fracción política en 1876, obligaron a Ruiz a refugiarse en Uruapan al lado de sus padres, sus hijos y su esposa. Se retrae y se aleja de la política estatal. Ahí permaneció hasta el gobierno del general Manuel González, en que volvió a la capital y entró a desempeñar una sección en la guarnición de la plaza de México. Fue síndico primero en los ayuntamientos de la capital durante los años de 1882, 1883 y 1884, puesto que alternaba con el de procurador general de la nación y el cual obtuvo por influencia de su amigo Ramón Fernández, “la eminencia gris de la administración gonzalista”. En el año de 1900 Ruiz alcanza el mayor logro en toda su carrera política: es designado ministro de la suprema corte de justicia de la nación en el gobierno de Porfirio Díaz. Las zanjias políticas que

---

4. Armenta López, Bladimir Netzahualcóyotl. *Eduardo Ruiz. Liberal, Patriota, Literato y Magistrado*, (Col. personajes michoacanos ilustres No. 7), Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1985, pp. 8-9.

5. *La Lira Michoacana*, p. 606.

separaron en un tiempo al antiguo lerdista del porfirismo no eran muchas, y esto se vio expresado en “el profundo respeto y la sincera gratitud” que le llegó a profesar Eduardo Ruiz al presidente de México.<sup>6</sup> El 16 de Noviembre de 1902, cerca de las diez de la noche, dejó de existir el licenciado Eduardo Ruiz en Uruapan, a causa de un golpe en la cabeza que le ocasionó una caída de caballo. Había ido a aquella ciudad para visitar a familiares y amigos y lo sorprendió la muerte a los 63 años de edad.<sup>7</sup>

## Su producción histórica y literaria

La obra del licenciado Eduardo Ruiz es extensa y variada, rica en contenido y profunda en relación con el objeto que estudia. No es mi intención exponer todo lo hecho por Ruiz durante su vida de escritor; sólo quiero señalar aquí los campos hacia los que orientó su actividad literaria para tener una idea más acabada de su producción intelectual, y así dar paso al análisis historiográfico de la obra que titula este trabajo.

Además de haber sido abogado, funcionario público, catedrático en el Colegio de San Nicolás y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Eduardo Ruiz se distinguió como periodista, poeta, novelista e historiador. Desde 1856 en que Ruiz era alumno del citado Colegio comenzó a redactar periódicos manuscritos para solemnizar los días 16 de septiembre; en 1862 fue uno de los redactores del periódico intitulado *La Guerra* que tuvo poco tiempo de duración. De 1867 a 1871 fue redactor del *Periódico Oficial* del estado y colaboró posteriormente en periódicos de la capital del país, como *El Siglo Diez y Nueve*, *La Tribuna*, *La Revista Universal*, *La República* y *El Nacional*. El periódico literario *La Revista de México* y *El Renacimiento* publicaron varios artículos suyos, y en la revista *El Mundo Ilustrado* apareció una biografía de doña María Huarte de Iturbide titulada “La Emperatriz de México: Curiosa biografía”.<sup>8</sup>

---

6. *Ibid*, p. 606; Pedro Leonardo Talavera Ibarra. *Op.Cit.*, pp.59,65,74.

7. *Periódico Oficial de Michoacán*, No. 96, Morelia, 20 de noviembre de 1902, p.2; *La Libertad*, No. 47, Morelia, 21 de noviembre de 1902, p.2; *El Centinela*, T.X. No. 19, Morelia, 23 de noviembre de 1902, p.1.

8. *La Lira Michoacana*, pp.606-607; Bladimir Netzahualcóyotl Armenta López. *Op.Cit.*, p.17.

La temática de los artículos publicados en los periódicos antes señalados es diversa; Ruiz escribía tanto de las tradiciones y costumbres de los antiguos michoacanos como de temas de su tiempo; de política y sociedad; de las riquezas de los pueblos o de la vida de un personaje ilustre. Se aprecia desde luego el interés que tuvo por rescatar la historia de su estado con una visión eminentemente nacionalista. El conocimiento que Ruiz tenía del trasco, el francés y el inglés, le ayudaron mucho en su vocación periodística; es así como pudo interpretar el significado de algunas palabras nativas y precisar otras que causaban confusión; en 1867 tradujo del francés un artículo publicado en el periódico *La France Liberal* y en 1867 una obra titulada: *Primeros Conocimientos*, impresa en la ciudad de Morelia. También, en mayo de 1883 tradujo del inglés una biografía de Galileo y otra de Newton, y dos años después la obra del norteamericano Charles Nordhoff llamada *La Ciencia Política al alcance de los jóvenes*, impresa en la ciudad de México por José Vicente Villada.<sup>9</sup>

Como poeta, Eduardo Ruiz dejó su huella en la historia de la literatura michoacana; a los socios del “Liceo Altamirano”, institución literaria de la cual él formaba parte desde 1889 les dedicó su poema titulado: “El Café”, y más tarde dio a conocer “Uruapan”, ambos encaminados a resaltar las riquezas de su tierra natal. Poco antes de su fallecimiento Ruiz recopiló una serie de poesías de diferentes autores sobre la ciudad de Uruapan, entre los cuales iba un escrito suyo titulado “Siempre”, pero no alcanzó a ver editado el libro y sería hasta el año de 1912 cuando aparecerá por fin su “Album de Uruapan”. Eduardo Ruiz ocupa un lugar dentro de la galería de poetas michoacanos; Mariano de Jesús Torres llegó a calificar al hombre de Paracho como un “poeta lírico y dramático”.<sup>10</sup>

Asimismo, Ruiz cultivó la novela histórica. Después de su muerte el escritor Julio Zárate quiso honrar su memoria y dio a la luz pública su obra:

---

9. *La Restauración*, No. 53, México, 5 de septiembre de 1867, p.3; *El Siglo Diez y Nueve*, No. 9,937, México, 23 de marzo de 1872, pp. 1-2; *La República*, No. 6, México, 8 de mayo de 1883, pp. 1-2 y No. 10, de 12 de mayo de 1883, p.1; Pedro Leonardo Talavera Ibarra. *Op. Cit.*, pp.134,136.

10. *La Lira Michoacana*, pp. 605,607-608; Bladimir Netzahualcóyotl Armenta López. *Op.Cit.*, pp.19-20,23.

*Un idilio a través de la guerra.* La novela romántica del siglo XIX se caracterizó por el conflicto sentimental entre dos o más personajes, o entre el individuo y la realidad circundante. El amor a la naturaleza y a la vida campestre idealizada, son los elementos comúnmente utilizados en este tipo de novela y Ruiz no escapa a dicho contexto. La melancolía invade por momentos su obra y la crítica social se manifiesta de manera dramática y a veces trágica. Eduardo Ruiz apuntó en su novela: “Hay en estas páginas una parte que es rigurosamente histórica, la que se refiere a la guerra, y otra compuesta de sucesos verídicos, cuya mezcla o urdimbre forma el plan de la novela. Los personajes son ciertos, sus nombres verdaderos aunque la verdad es que no fueron ellos solos los protagonistas de los hechos que se les atribuyen, los cuales pasaron a personas que ni siquiera se mencionan, es la única ficción que se ha permitido el autor de estas líneas y su disculpa consiste en el deseo de dar uniformidad e interés al relato. Son recuerdos de los tiempos pasados que reúno en un haz para conocimiento de mis lectores.

No será extraño que esta narración tomada de apuntes informes que escribí en aquella época de constante agitación y de continuadas alarmas, resulte monótona y fría para los lectores y que sólo tenga calor personal, para quien como yo, después de tantos años, vive de los recuerdos de la juventud”.<sup>11</sup>

Por último, Eduardo Ruiz se entregó por entero a la realización de textos y obras que podrían ser considerados como propiamente históricos. Aquí tendría que distinguir: la biografía, las tradiciones y leyendas y su *Historia de la Guerra de Intervención*. Respecto al primero, Ruiz escribió sobre la vida de personajes digamos de talla tanto nacional como local. Aunque no queda muy claro cuál sería la concepción de Ruiz respecto al papel

---

11. Citado en Bladimir Netzahualcóyotl Armenta López. *Op.Cit.*, p.21. A este respecto Carlos M. Rama afirma que la novela histórica “no debe confundirse con la historia novelada, forma espúrea que ni responde a la ciencia histórica por se infiel, ni siquiera a la literatura, por estar regularmente desprovista de mérito estético”. *Teoría de la Historia. Introducción a los estudios históricos*, Madrid, editorial Tecnos, 1974, p.31.

que juega el individuo en la historia, parece que lo concibe como un producto de la sociedad que, dependiendo de la circunstancia histórica que le toque vivir, puede ser un agente de cambio en el proceso de desarrollo de los pueblos. Su primer estudio biográfico lo dedicó nada menos que a don Carlos de Sigüenza y Góngora, matemático, arqueólogo y astrónomo novohispano del siglo XVII, hombre de ciencia “que haciéndose superior a las preocupaciones de su época, y cuando la astrología reinaba aún en la Europa y presidía en las decisiones de la iglesia católica, medía el tiempo y fijaba fechas remotísimas por medio de los cálculos matemáticos; y demostraba que el universo se rige por leyes inmutables, sin que los astros sean circunstancias ni agravantes del pecado original”.<sup>12</sup>

Por un arranque de patriotismo y con la intención de poner en alto el orgullo nacional, Ruiz compara a Sigüenza con el filósofo inglés Isaac Newton, “gigante de la ciencia”. Este estudio biográfico se halla dividido en cuatro breves apartados; en el primero Ruiz hace un paralelo entre Sigüenza y Newton hasta colocar el primero en el mismo nivel de ciencia que el segundo; el segundo se refiere al prestigio que tuvo Sigüenza en su tiempo y a la influencia que ejerció sobre otros autores como Lorenzo Boturini y Genelli Carrieri para escribir sus libros; el tercero contiene un índice de las obras de Sigüenza que fueron recopiladas por Mariano Beristáin y Souza; en la mayoría de los títulos se presenta a continuación una breve descripción del contenido de cada título hecha por Ruiz, lo cual indica que el licenciado leyó varios de esos trabajos, apoyándose en la obra del padre Andrés Cavo; finalmente, el cuarto apartado lo dedica a un episodio interesante en la vida de don Carlos, y es el que se refiere al rescate de los archivos en el incendio que sufrieron las casas consistoriales de la ciudad de México, durante el tumulto y motín de junio de 1692. Finaliza diciendo: “Este rasgo de la vida de Sigüenza y Góngora, exponiendo su existencia y gastando sus cortos recursos para salvar del fuego los monumentos para la historia de México, nos ha traído naturalmente a la memoria la conducta del obispo Zumárraga, arrojando a las llamas las antigüedades mexicanas, esos datos preciosos para juzgar el origen de los hechos notables de los primitivos habitantes del país.

---

12. Ruiz, Eduardo. “D. Carlos de Sigüenza y Góngora” en *Hombres Ilustres Mexicanos. Biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días*, Eduardo L. Gallo, Editor, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874, T.II, pp.342-343.

Es que para Sigüenza y Góngora, en esos papeles estaba la luz de la historia, y para Zumárraga, aquellos jeroglíficos eran arte del demonio. Es que Sigüenza era la inteligencia y Zumárraga el fanatismo”.<sup>13</sup>

Otro ejemplo que nos permite apreciar esa idea de Ruiz; de que el individuo puede, en ocasiones, reorientar cualitativamente el desarrollo de una nación, es la biografía que hizo del ilustre reformador michoacano, Melchor Ocampo. Don Eduardo fue desde joven un gran admirador de Ocampo, compaginaba con sus ideas y doctrina filosófica y lo estimaba también por la amistad que tuvo con su padre Toribio Ruiz; por eso escribiría la primer biografía del mártir de Tepeji. A principios de 1875 don Eduardo se dio a la tarea de redactar rápidamente un bosquejo biográfico como “una ofrenda de gratitud a la memoria del Sr. Ocampo en el aniversario de su muerte, que el 3 de junio de este año se celebró en el colegio civil”.<sup>14</sup> El bosquejo no satisfizo plenamente las intenciones de Ruiz, pues consideraba que “una vida tan fecunda para la historia del país, como tan tierna y bienhechora para la juventud” no podía tratarse tan a la ligera; así que, después de publicado el bosquejo, Ruiz reunió más datos, consultó documentos oficiales y sobre todo - afirma - “estudí la historia de nuestra últimas revoluciones en el pensamiento político, de las cuales tuvo el Sr. Ocampo un participio tan directo y una iniciativa tan eficaz”; y finalmente, aprovechó muchas noticias que le fueron proporcionadas por los amigos íntimos del filósofo. La obra salió publicada el 12 de diciembre del mismo año y es el estudio biográfico más amplio que le conocemos.<sup>15</sup>

Por otro lado, Ruiz dedicó un ensayo biográfico a personajes como José María Morelos (1876), Santos Degollado (1881), Manuel Ocaranza (1887), Austacio Zepeda (1891), Juan de la Torre (1892) y Jesús Díaz (1894), entre otros. Los textos son breves y revelan el interés del autor por rememorar la gesta heroica de unos y dar un lugar en la historia a otros.

El segundo campo por el que incursionó Eduardo Ruiz y que tiene que ver con su trabajo de historiador, fue en lo referente a las tradiciones que se

---

13. *Ibid*, pp.342-352.

14. Ruiz, Eduardo. *Biografía del C. Melchor Ocampo*, Edición Especial, Morelia, Universidad Michoacana, 1945, p.5.

15. *Ibid*, pp.5-6.

conservan en los pueblos; sólo que muchas de las pláticas que se transmitieron de generación en generación cada día fueron más divergentes, se tergiversaron los hechos y se inventaron otros que rayaban más en leyenda. Ambas formas de narrativa tienen un origen popular, pero mientras la leyenda suele ser breve y tiene un carácter más o menos fantástico, la tradición toca asuntos más verosímiles. A veces trata sobre hechos históricos o sobre el origen de expresiones autóctonas, nombres de calles, fiestas y costumbres, etc. Ruiz intercaló muy bien estos elementos y en 1891 publicó el primer tomo de su obra: *Michoacán. Paisajes, Tradiciones y Leyendas*, ilustrada con preciosas litografías; el segundo tomo aparecería hasta el año de 1900.<sup>16</sup>

A pesar de que Ruiz no se atreve a darle a su obra “el carácter de historia” por la falta de elementos para un trabajo más formal, y por “la vaga relación de los sucesos de Michoacán anteriores a la conquista”, el abogado pudo, sin embargo, echar mano de algunos textos históricos que le permitieron escribirla, como la *Relación de Michoacán* por ejemplo; leyó autores antiguos y modernos; a los cronistas Pablo Beaumont, Alonso de Larrea, Diego de Basalenque y Mathías de Escobar, por un lado; y a Francisco Plancarte, Manuel Orozco y Berra, Alfredo Chavero, Nicolás León y Manuel Payno, por el otro; entrevistó a muchas personas y recogió el testimonio de Pedro Equihua, diputado por Michoacán al congreso general; del licenciado Carlos Equihua y su escribiente Ramón Molina, de Melesio Cano y Ramón Vidales, vecino de Paracho; de Francisco Vaca y Trinidad Bustos, este último vecino de Huetamo; fue a Ihuatzio y se informó con un indígena de apellido Morales; en Zirándaro platicó con un señor González, en Charapan con la familia Rivera y en Erongarícuaro conversó con Simón Rodríguez. También revisó los objetos arqueológicos que por ese tiempo se exhibían en el Museo Regional Michoacano y su padre don Toribio le ayudó a esclarecer el significado de palabras tarascas y le proporcionó datos fidedignos.<sup>17</sup>

“Este es - decía Ruiz - el material que para formarla he acopiado. ¿Son bastantes estos elementos para escribir una historia? No lo creo así, y por lo tanto he adoptado el estilo legendario. El germen de las leyendas está en las

---

16. Talavera Ibarra, Pedro Leonardo. *Op.Cit.*, pp.97-99.

17. Ruiz, Eduardo. *Michoacán. Paisajes, Tradiciones y Leyendas*, Morelia, Balsal Editores, 1984, pp.11-16.

obras que he citado y en las tradiciones que me son conocidas desde mi infancia. Yo soy el responsable de su desarrollo y el primero en reconocer mi insuficiencia para darles una forma literaria. *Más como en todo el relato puede encontrarse algo cierto y bueno, que acaso servirá más tarde para escribir la verdadera historia*, declaro que esos datos fidedignos pertenecen principalmente al señor mi padre y a las demás personas mencionadas. Y mi deseo de que no se pierdan para la historia de Michoacán esos tesoros que hemos heredado de personas que ya no existen, es la única disculpa de este libro”.<sup>18</sup>

Para Eduardo Ruiz sólo una parte de su obra tiene algo de histórico: es la que se refiere a los “testimonios fidedignos” que le proporcionaron las distintas personas con las que platicó, y lo que aportan los autores en las obras que consultó; su relato tendrá el calificativo de historia mientras sea “cierto y bueno”, es decir, cuando se apegue a la verdad. Este es el principio fundamental que utilizará Ruiz para escribir su *Historia de la Guerra de Intervención*: la verdad histórica. Empero, el que don Eduardo no dé a sus “Paisajes” el calificativo de historia, no impidió que un prestigiado bibliófilo e historiador mexicano, Luis González Obregón, considerara al abogado michoacano como “el mejor historiador de su raza, cuyo pasado parecía haber desaparecido de los recuerdos. Además, no sólo ha sido historiador de una raza, ha sido también su poeta y cantor. Y bajo este último aspecto, la obra del Sr. Ruiz, encierra muchísimas bellezas y suma originalidad. Es tarasco en todo”.<sup>19</sup> Como lo ha señalado el maestro Gerardo Sánchez Díaz, quizá el aporte más significativo de *Michoacán. Paisajes, Tradiciones y Leyendas*, a la historiografía académica, es haber llamado la atención sobre los procesos migratorios sucedidos en el Continente Americano, antes de la llegada de los europeos.<sup>20</sup>

---

18. *Ibid*, p.17. El subrayado es mío.

19. Sánchez Díaz, Gerardo. “Centenario de la publicación del libro: Michoacán. Paisajes, Tradiciones y Leyendas, de Eduardo Ruiz” en *Presencia Universitaria*. Suplemento de La Voz de Michoacán, época 1, año 1, No. 5, 16 de diciembre de 1991, p.15.

20. *Ibid*, p.16.

## La Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán: Antecedentes y motivos

En la postrimerías del siglo XIX la oficina tipográfica de la secretaría de fomento dio a conocer la obra histórica más rigurosa del licenciado Eduardo Ruiz, que a la distancia de casi un siglo, se ha convertido en un texto clásico de la guerra de intervención en nuestro país. En efecto, el 7 de enero de 1897 el *Periódico Oficial* del estado de Michoacán publicó en una de sus páginas un encabezado que decía: "Historia de la Intervención Francesa en Michoacán. Con este título acaba de publicar el reputado escritor Sr. Lic. D. Eduardo Ruiz, procurador general de la nación, un libro en que se dan muchas e interesantes noticias sobre la intervención francesa en Michoacán, y en que se relatan en la forma de episodios, que el Sr. Ruiz a adoptado generalmente en sus obras, muchos rasgos de esa época verdaderamente heroica en la historia del estado y digna por mil títulos de ser conocida. Felicitamos al Sr. Lic. Ruiz por esa obra que no dudamos tendrá el buen éxito que augura la reputación de su autor y el vasto asunto que toca".<sup>21</sup>

De aquella primera edición de 1896, bellamente ilustrada con litografías de los personajes que participaron en esa guerra, la *Historia* de Ruiz ha vuelto a imprimirse en cuatro ocasiones: en 1940 en los Talleres Gráficos de la Nación, con ilustraciones; en 1969 por Balsal Editores; en 1975 nuevamente por Balsal Editores, ilustrada, y dentro de la Colección Documentos y Testimonios; y la última, data de 1986, es bastante rústica, sin ilustraciones y fue publicada por esta misma casa editorial en coedición con el Gobierno del Estado de Michoacán.<sup>22</sup> Ahora bien, ¿cómo surgió en Eduardo Ruiz la idea de escribir esta historia?; ¿cuáles fueron las razones que lo motivaron a abrazar esta empresa? Trataré de dar respuesta a estas interrogantes.

---

21. *Periódico Oficial*, T.V, No.2, Morelia, 7 de enero de 1897, p.6.

22. Talavera Ibarra, Pedro Leonardo. *Op.Cit.*, pp.145-146; Eduardo Ruiz. *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, (Col. Documentos y Testimonios), Morelia, Balsal Editores-Gobierno de Michoacán, 1986, 734 pp. Es difícil aceptar que una obra tan prestigiada para la historia de la entidad carezca, todavía, de un estudio introductorio que esté a su altura; el prólogo que hizo el licenciado Eugenio Pérez Mejía a las dos últimas ediciones es bastante pobre; no nos dice nada del autor, ni de su obra, ni de la importancia que tiene este libro para la historiografía michoacana y mexicana.

Al triunfo de la república y luego de reestablecidas las autoridades legítimas en el país, el gobernador de Michoacán, Justo Mendoza, encomendó al licenciado Ruiz la redacción del periódico oficial de la entidad que fue conocido como *La Restauración*. Ahí comenzó a publicar sus artículos a los que él llamaba “recuerdos históricos”, porque hablan de su experiencia en la guerra así como algunos hechos militares en los que fue actor y testigo presencial. En todo el año de 1867 en que el órgano oficial del gobierno tuvo ese nombre, Ruiz publicó cuatro artículos; uno en mayo sobre la muerte del general Carlos Salazar; otro en junio sobre el asesinato del general Pueblita; uno más en agosto, sobre los triunfos de los republicanos en la cuesta de Guanoro, cerca de Zitácuaro, y el último en octubre sobre la victoria que obtuvo Vicente Riva Palacio contra los belgas en la garita de Chicácuaro, en las afueras de Morelia. Los escribió porque “tal vez por los grandes acontecimientos de la presente época, no han llamado como es debido su atención”,<sup>23</sup> y debido también a “un involuntario olvido” de los escritores, quienes no mencionaron batallas verdaderamente heroicas.<sup>24</sup>

Eduardo Ruiz no pensaba aún en escribir su *Historia de la Guerra*, sino más bien “dar apuntes para los que escriban la campaña de Michoacán”; éste era su propósito en aquel entonces.<sup>25</sup> Al año siguiente Ruiz continuó a cargo del periódico oficial que cambió al nombre de *El Constitucionalista*, y colaboró con la prensa capitalina enviándole artículos sobre la situación política y social de Michoacán; pero fueron pocos los relacionados con el asunto de la intervención. Fue durante su residencia en la ciudad de México, cuando Ruiz volvió a mandar sus escritos a los redactores del *Periódico Oficial* de aquel estado, y ya para entonces (abril de 1894) su idea había madurado. La mayoría de sus artículos llevaban como subtítulo: “La Guerra de Intervención en Michoacán, o simplemente “Recuerdos de la Guerra de Intervención”, y todos los que publicó de abril de 1894 a abril de 1895 pasarían a formar íntegramente un capítulo de su *Historia* editada en 1896.<sup>26</sup>

---

23. *La Restauración*, T.I, No. 24, Morelia, 20 de mayo de 1867, p.3.

24. *La Restauración*, T.I. No. 47, Morelia, 8 de agosto de 1867, p.2.

25. *La Restauración*, T.I. No. 66, Morelia, 14 de Octubre de 1867, p.2.

26. *Periódico Oficial*, No. 33, Morelia, 26 de abril de 1894, pp. 4-5; No. 87 de 1 de noviembre de 1894, pp.4-6 y Nos. 29 y 30 del 11 y 14 de abril de 1895, pp. 13, 2-6.

Existieron razones de peso que hicieron que el licenciado Ruiz se empeñara a toda costa por escribir su *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. Primeramente, tanta desinformación y tergiversación de hechos históricos, aunado a la falsedad de los testimonios narrados por autores extranjeros y algunos mexicanos; y es que Ruiz siempre buscó apegarse a la verdad histórica. Interpelando un artículo que apareció en *El Mundo Ilustrado*, periódico de París, y que hablaba de la derrota de los republicanos en Uruapan y la muerte del general García Pueblita, Ruiz escribió indignado: “¡sirva nuestra voz para alumbrar a la historia y ver que esos hombres tienen por pedestal la infamia y la mentira!”<sup>27</sup> Y del libro escrito por Ch. Loomans, suboficial de la legión belga, publicado en 1873, Ruiz decía que no obstante las revelaciones, datos y confesiones importantes que aportaba, “el autor incurre en el vicio, común a muchos escritores extranjeros, de juzgar a México y a los mexicanos sin exacto conocimiento de causa, de llevarse impresiones puramente personales y además se deja arrastrar con frecuencia del despecho que a él y a sus compañeros produjo la derrota”<sup>28</sup>.

En segundo lugar, estuvo el deseo de Ruiz por poner a Michoacán a la altura de los otros estados del país tratando de demostrar con fundamentos históricos que el pueblo michoacano “ha ejercido una influencia decisiva en los destinos de la república y...su importancia política es un peso no despreciable en la administración”<sup>29</sup>. Ruiz quería mucho a su tierra y a su gente y su deseo lo llevó al rescate de la historia regional, a mostrar al mundo las riquezas que escondía aquel estado y la necesidad de sacarlo del atraso en que se hallaba por medio de la inversión extranjera; consideraba que Michoacán había tenido una importancia capital en la historia general de la nación mexicana y merecía estar en mejor situación. En uno de sus artículos argumentó: “El valor indomable de los antiguos purépecha resistió siempre invencible al espíritu conquistador de los aztecas...mientras que los aztecas nada hicieron para vengar el doble suplicio de Guatimotzin (*sic*), los purépecha corrieron a las armas y lucharon sin tregua, cuando Zinzicha fue

---

27. *La Restauración*, T.I, No.35, Morelia, 27 de junio de 1867, p.4.

28. *Periódico Oficial*, T.III, Nos. 29 y 30, Morelia, 11 y 14 de abril de 1895, pp.13,2-6.

29. *El Siglo Diez y Nueve*, T.54, No. 10,105, México, 7 de septiembre de 1872, p.2.

consumido por las llamas. Fue el poder de la elocuencia y no el de la fuerza, el que los volvió al yugo de una denominación que se les pintaba llena de flores y de esperanzas. Durante la época colonial algunas veces los tarascos intentaron romper sus cadenas y alarmaron seriamente a los virreyes. Al estallar el grito de Dolores, Michoacán se conmovió profundamente y sus hijos corrieron a alistarse en el ejército independiente. Hidalgo ¿no había concebido en las salas de un colegio michoacano su plan libertador? las cunas de Morelos, de Matamoros, de Iturbide se mecieron en esta tierra. Michoacán alimentó con la sangre de sus hijos la regeneradora revolución de Ayutla y aquí fue donde el tirano vio agotarse para siempre las flores de su ambición. La historia de la guerra de Reforma escribió en sus páginas los nombres de Ocampo y Degollado. La guerra de intervención cuenta entre sus mártires a Arteaga y Salazar sacrificados en este suelo, y entre sus héroes afortunados a Riva Palacio y Régules que derrotados un día presentaban el siguiente una batalla a las huestes francesas o traidoras, sin contar su número y sin creer siquiera en la victoria; pero cumpliendo con un deber sagrado, no dejando respirar por un momento al enemigo”.<sup>30</sup>

Y por último, lo motivó también ver publicada en la *Memoria de Gobierno* de 1890, unas “Noticias Históricas y Estadísticas” que hablaban de los acontecimientos más relevantes de la guerra de intervención, en cada uno de los distritos que conformaban el estado de Michoacán.<sup>31</sup> Desde años atrás el licenciado Ruiz había solicitado al gobernador Mariano Jiménez que librara orden a los prefectos de los distritos para que recabaran todo tipo de información, consultando a las personas que pudieran ministrarlos; y así sucedió, solo que el ejecutivo estatal prefirió usar ese material para “vestir” una de sus Memorias que sería leída ante la legislatura local y Ruiz vio frustrado su interés por darle utilidad. Tal vez no hubiera escrito su libro si las “Noticias Históricas” hubieran representado cabalmente la idea que él tenía de la guerra de intervención; le parecían “un extracto muy diminuto”

---

30. *Idem*, Llevado por su patriotismo Ruiz se equivocó al afirmar que Matamoros era originario de Michoacán; en realidad, el padre Mariano había nacido en la ciudad de México hacia 1770.

31. “Noticias Históricas y Estadísticas. Noticia de los hechos de armas más notables ocurridos desde las luchas de la Reforma, en cada uno de los municipios del Estado”, en *Memoria sobre la administración pública del Estado de Michoacán de Ocampo*, leída ante el congreso del mismo por el secretario del despacho, licenciado Francisco Pérez Gil, Morelia, Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, 1890, pp.1-50.

y no se hizo “un concienzudo examen de aquel material”. Además, luego de publicadas, dieron motivo a numerosas rectificaciones, sobre todo lo que escribió el señor Jesús Rubio, antiguo oficial de filas del ejército del centro y al cual don Eduardo no le tenía plena confianza.<sup>32</sup>

Todo esto hizo que Ruiz explicara en el prólogo de su libro que “después de tantos años transcurridos, siento como un deber de patriotismo no dejar que se extingan en el olvido los hechos gloriosos del ejército republicano que peleó en Michoacán por la Independencia Nacional. Quiero escribir aquellos recuerdos para que sirvan de ejemplo a los jóvenes que nos siguen en la carrera de la vida y para que estos depositen en el altar de la patria las flores de la gratitud hacia aquellos hombres que murieron, llenos de fe en la libertad de los demás, comprada a precio de sangre vertida en los campos de batalla o en la amarga soledad del patíbulo.”<sup>33</sup>

### El método de investigación

Toda persona que se de a la tarea de escribir una obra histórica debe contar forzosamente con fuentes de información, ya sean estas de primera, segunda o tercera mano. Sería difícil escribir una historia sin los testimonios que puedan dar cuanta del pasado que se estudia, o recurriendo sólo a la memoria, o a la tradición. Es necesaria la relación sujeto-objeto para que el primero pueda hacer una interpretación adecuada al segundo y lo explique; y es también menester exponer por escrito los resultados de ese proceso heurístico y herméutico, para que dicho asunto sea realmente una obra histórica. El licenciado Ruiz no andaba tan alejado de estos principios metodológicos y podemos afirmar sin temor a equivocarnos que su obra es una bien lograda reconstrucción histórica.

Jerárquicamente, la información utilizada por Ruiz podría clasificarse de la siguiente manera:

Fuentes manuscritas	-papeles y correspondencia
	-cartas y partes de guerra
	-carnets

32. Ruiz, Eduardo. *Historia de la Guerra...*pp. VII-VIII.

33. *Ibid.*, p. VI.

	-libros
Fuentes impresas	-periódicos
	-memorias de gobierno
Fuentes orales	-entrevistas

Dentro de las primeras, Ruiz echó mano de los papeles y correspondencia de la familia imperial de Francia; de la correspondencia particular del jefe republicano Carlos Salazar y de la correspondencia privada del general Vicente Riva Palacio; esta última, consta de tres tomos y actualmente se encuentra en el Museo Regional Michoacano en la ciudad de Morelia.<sup>34</sup> Las cartas y partes de guerra de diversos jefes militares, tanto republicanos como imperialistas, fueron básicas en la composición de su *Historia*, pues varias de ellas las publicó íntegramente y sería difícil saber dónde se encuentran actualmente. Utilizó cartas de testigos oculares, como Waldemaro Backer, José María Arteaga y Vander Smissen, así como otras interceptadas a la diligencia que iba de Morelia rumbo a la ciudad de México. También tuvo en sus manos algunos partes de guerra del cuartel general del ejército del centro que hablaban sobre la organización de las fuerzas republicanas.<sup>35</sup>

Los carnets no eran otra cosa que libritos de bolsillo en los que las personas escribían sus memorias sobre los sucesos de la guerra en la que tomaron parte. Ruiz conservó uno suyo y dos de sujetos de los que no dice el nombre; en su concepto estos carnets eran “verdaderos apuntes de lo que pasó en aquella época” aunque “sin orden cronológico, ni método, ni objeto preconcebido de que pudiesen servir más tarde”. El hecho de que fueron escritos poco después de los acontecimientos, cuando la memoria estaba aun fresca y vivas las impresiones, representaba para don Eduardo un testimonio de verdad y por eso incorporó a su obra párrafos enteros de aquellos apuntes copiándolos literalmente.<sup>36</sup>

En lo que toca a las fuentes impresas, podría decirse que Ruiz agotó la consulta de los libros de su época que hablaban de la guerra de intervención, ya fueron estos publicados en México o en el extranjero. La bibliografía

34. *Ibid*, pp.104,229, 291.

35. *Ibid*, pp.82,115,224,233-234,404,444.

36. *Ibid*, pp. VII,247,312,430,622.

utilizada por Ruiz para escribir su *Historia* es amplia y se puede clasificar en tres tipos: a) las que hablan del pasado prehispánico, vida colonial e independencia. Aquí encontramos a autores como Diego de Basalenque, José Antonio Villaseñor y Sánchez, Alejandro de Humboldt, Carlos María de Bustamante y Juan José Martínez de Lejarza, entre otros; b) las obras escritas en español que hablan de la intervención, tanto de autores liberales como de conservadores. Se cita a José María Vigil, Vicente Riva Palacio y Jesús Rubio entre los primeros; y a Francisco de Paula y Arrangoiz y Niceto de Zamacois entre los segundos; y c) las obras publicadas por escritores franceses y belgas en sus países de origen. Se señala a Paul Gaulot, Charles Antoine Thoumas, Gustave León Niox, Alberto Hans y Ch. Loomans.<sup>37</sup>

Asimismo, Ruiz recopiló información de lo publicado en periódicos liberales y conservadores. Dentro de la prensa liberal destacan: *La República*, periódico oficial del cuartel general del centro; *La Municipalidad*, redactado por Rafael Chávez Carrillo en Pátzcuaro, *La Cuchara*, *La Sombra*, *La Orquesta*, *Los Espejuelos del Diablo*, *El Buscapié* y *La Libertad*. Del lado clerical e imperialista sobresalen: *La Sociedad*, *El Cronista de México* y el *Diario Oficial del Imperio*. La única *Memoria de Gobierno de Michoacán* que Ruiz cita en su *Historia* es la del año de 1890 que contiene unas “Noticias Históricas y Estadísticas”, y de la cual ya he hecho mención páginas atrás.<sup>38</sup>

Por lo que respecta a las fuentes orales, las entrevistas que Ruiz tuvo con destacados jefes militares que habían participado en la guerra de intervención le fueron de bastante provecho, ya que ellos, como actores o testigos presenciales de los acontecimientos, le proporcionaron información muy bien detallada. Novedosos e interesantes testimonios orales le fueron dados por don Federico Bravo, agente en el ramo de hacienda de el ejército republicano; por el comandante Félix Esparza, por el comisionado de hacienda, Ignacio Cerda, y por el general Nicolás de Régules; su padre

---

37. Al final presento los títulos completos de las fuentes impresas utilizadas por Eduardo Ruiz para escribir su obra. Los nombres completos de los escritores franceses y belgas los tomé de la bibliografía que publica Martín Quirarte en su libro *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1993, pp.241-257.

38. Ruiz, Eduardo. *Historia de la Guerra...*, pp.VIII,15,116,133,162,253.

Toribio Ruiz también le narró hechos interesantes y poco conocidos sobre los sucesos acaecidos en Uruapan.<sup>39</sup>

A estos tres tipos de fuentes faltaría agregar el testimonio personal del autor, Eduardo Ruiz, quien, a juzgar por lo que escribe, poseía una excelente memoria y una lúcida inteligencia para discernir sobre qué hecho era falso y qué verdadero. Dice en el prólogo a su libro: “A este caudal (de información) deben agregarse mis propios recuerdos, como testigo de no pocos de aquellos acontecimientos que presencié, primero de simple particular, luego en el tiempo en que fui secretario del general Riva Palacios y más tarde auditor de guerra en el estado mayor del general D. Nicolás de Régules”.<sup>40</sup>

A pesar de que el licenciado Ruiz transcribió en su libro una gran cantidad de cartas y documentos de la época, sin ponderar la veracidad del testimonio que presentaba, no podríamos considerarlo un historiador pasivo, falto de crítica a sus fuentes e reflexivo en su relato. Don Eduardo tenía plenamente identificada la postura política de cada uno de los autores que utilizó y se cuestionaba si el juicio de aquellos se apegaba a la verdad histórica. Al historiador Niceto de Zamacois, por ejemplo, lo llama “escritor imperialista”, y a Francisco de Paula y Arrangoiz lo calificó de “clerical”; del mismo modo, el periódico *Cronista de México* era “netamente partidario del imperio” y el historiador francés Paul Gaulot, “pasa por ser uno de los más imparciales”.<sup>41</sup>

Sin embargo, los textos a los que Ruiz hizo las más severas críticas en cuento a su veracidad histórica, y que incluso se permitió rectificar varios de los sucesos que ahí se narraban, fueron la *Historia de Méjico*, de Zamacois y las “Noticias Históricas y Estadísticas” publicadas en la *Memoria de Gobierno* de Michoacán en 1890. Según Ruiz, Zamacois incurría a veces en inexactitudes que tergiversaban gravemente el hecho histórico, se contradecía en sus aseveraciones y quedaba corto en algunas explicaciones. Cuando Ruiz refiere la “historia fiel” de la batalla de Cerro Hueco, expuso en su crítica: “Zamacois asevera que Arteaga había reforzado su división con mil

---

39. *Ibid.*, pp. IX, 118, 220, 266, 383, 398, 427.

40. *Ibid.*, pp. VIII-IX. Los párrafos en los que él aparece como protagonista se encuentran en las páginas 25, 26, 27, 36, 56, 60, 62, 75, 156, 185, 187, 342, 510, 526, 590, 625, 634, 667, 705, 725.

41. *Ibid.*, pp. 115, 116, 232, 427.

hombres enviados de Huetamo. Ni un sólo hombre vino de aquel pueblo ni de su comarca, y lejos de estar reforzada su división, había sufrido grandes bajas como hemos visto”.<sup>42</sup> En otro párrafo Ruiz refutó a Zamacois diciendo que “los americanos jamás proporcionaron armas ni auxilio de ninguna otra clase a los patriotas de Michoacán” como afirmaba el escritor español; y por ello era necesario ampliar y rectificar los detalles que éste refería.<sup>43</sup> Aun así, la *Historia de México* representó para Ruiz una consulta obligada; en su concepto la obra superaba con mucho lo expuesto en la propia *Memoria de Gobierno* de 1890, y varios párrafos los copiaría en su libro “por ser un relato fiel”.<sup>44</sup>

La *Memoria de Gobierno* fue también motivo de crítica. Ruiz consideró necesario rectificar mucho de lo que ahí se había escrito, pues en las “Noticias Históricas” se daban nombres equivocados a los jefes republicanos, se confundían sucesos históricos y se hacía poca justicia a los hombres que lucharon en Michoacán defendiendo la nación. Refiriéndose a uno de los párrafos escritos en dichas “Noticias”, Ruiz asentó: “es notorio el afán de desfigurar los hechos y de debilitar el mérito de los soldados republicanos a quienes se atribuye superioridad numérica; ni siquiera se menciona a Nicolás Romero, héroe de la jornada. Si el autor de estas notas se hubiera tomado el trabajo de consultar algunas obras de historia, siquiera fuesen las de escritores imperialistas, habría podido hacer justicia al valor y generosidad de los chinacos de Zitácuaro, y habría comprendido la importancia de aquel hecho de armas que se verificaba en nuestro estado...”.<sup>45</sup>

## Estructura general y contenido de la obra

La *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, escrita por Eduardo Ruiz, comprende los años de 1863 a 1867 y consta de 42 capítulos en los que el autor narra los principales acontecimientos militares ocurridos en aquella jurisdicción. Para darle coherencia a su relato, el autor toma muy

42. *Ibid*, p.442.

43. *Ibid*, pp.478,599.

44. *Ibid*, pp.222,267,323.

45. *Ibid*, pp.218,222,329.

en cuenta la cronología de los hechos historiados y año por año va narrando lo que sucedía en las distintas partes de Michoacán con la idea de ofrecer una visión integral de lo que está tratando. Es común en él utilizar la digresión en su obra con el objeto de no adelantarse a los acontecimientos que tuvieron cabida en otro tiempo y lugar. Su método de exposición consiste en relatar a manera de episodio la vida cotidiana y la actividad militar de los personajes importantes de la guerra, así como las batallas memorables, y otros sucesos interesantes dignos de recordar. Escribe de una manera como si pareciera que sólo él tiene la verdad histórica, y así lo expresa en su obra, en uno de cuyos párrafos dice: “He aquí la verdad histórica. Los fusilamientos de Uruapan fueron dictados por un acto exclusivo del jefe vencedor en Santa Ana Amatlán”.<sup>46</sup>

*La Historia* de Ruiz tiene un carácter eminentemente regional. No le interesó ocuparse de la invasión francesa en todo el territorio mexicano, ya que “la historia extensa de estas infames intrigas ha sido escrita en todos los idiomas cultos del mundo; mi narración -afirma-, comprende únicamente la parte de la guerra de intervención francesa que se verificó en el suelo de Michoacán entre los invasores y sus aliados y los patriotas de Michoacán...”.<sup>47</sup>

Los temas generales que aborda Eduardo Ruiz en su obra son: a) la biografía breve, pues conjuntamente a la narración de los hechos intercala información biográfica de varios personajes que actuaron en Michoacán, y nos describe su forma de vestir, sus gustos personales y otros rasgos íntimos de su vida; b) batallas militares, como la de Zitácuaro, lugar que fue incendiado por los imperialistas en 1865, o como la de Tacámbaro, población tomada a la fuerza por el coronel Nicolás de Régules; c) descripciones geográficas, en las que hace resaltar los sitios de interés histórico, los paisajes naturales, y precisa el nombre de algunas poblaciones que causan confusión entre los escritores, como Papatzindán por ejemplo, entendido en *México a Través de los Siglos* como Apatzingán; y d) la anécdota y la tradición. Ruiz decía que “nuestro país está lleno de tradiciones, porque tan supersticiosos eran los indios como los gachupines. Lo que hay que hacer es que no se dejen en el olvido tan tiernas y curiosas leyendas”. De esta tradición se sirvió

46. *Ibid*, p.544.

47. *Ibid*, p.1.

muchas veces don Eduardo para contar sus anécdotas incorporándolas a su obra. La que le platicaron sobre la historia del café de Uruapan es un ejemplo muy ilustrativo.<sup>48</sup>

Cuando lo considera oportuno, Ruiz utiliza notas a pie de página para aclarar algún punto tratado en su libro, y también recurre a las citas para hacer descripciones de lugares históricos o por haberse efectuado en aquel lugar una batalla. No obstante esa crítica rigurosa que hace a sus fuentes de información Ruiz cae en ocasiones en imprecisiones históricas que algunos historiadores contemporáneos siguen tomando por verídicas; como cuando sostiene que Nicolás Romero era nativo de la municipalidad de Talpan, siendo que el “León de la Montaña” había nacido en Tulancingo Hidalgo en el año de 1833.<sup>49</sup>

Además, Ruiz utilizó otras fuentes de información que no aparecen citadas en su obra, aunque sí emplea varias de ellas para describir otros acontecimientos. Me refiero a la *Historia de la Revolución de México contra la dictadura del general Santana Anna 1853-1855*, del historiador español Anselmo de la Portilla, la cual consultó para describir el segundo incendio de la villa de Zitácuaro en abril de 1855; la *Recopilación de Leyes, Decretos, Reglamentos y Circulares expedidos por el Estado de Michoacán de Ocampo* de Amador Coromina, para dar a conocer los títulos de “Ciudad de la Independencia” y “Heroica”, otorgados a Zitácuaro en 1858 y 1868 respectivamente; y los *Apuntes para la Historia de Michoacán* escritos por el teniente coronel Manuel Barbosa, que le sirvieron de antecedente para escribir su *Historia*.<sup>50</sup> También, del periódico *La Restauración* del 26 de febrero de 1867, Ruiz transcribió sin citar la carta que dirigió el presidente de México, Benito Juárez al jefe político de Zitácuaro, Carlos Mejía y las *Efemérides del Calendario del más Antiguo Galván* las utiliza como fuente directa cuando narra el suplicio de Nicolás Romero, pero no cuando habla de la imagen de los Remedios traída a Zitácuaro por el encomendero Gonzalo de

---

48. *Ibid*, pp.31, 72, 73, 76, 511.

49. *Ibid*, p. 129; Jacobo Dalevuelta. *Nicolás Romero. Un año de su vida 1864-1865*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929, p.14.

50. Ruiz, Eduardo. *Historia de la Guerra...*, pp.3,71-72,77; Manuel Barbosa. *Apuntes para la Historia de Michoacán*, escritos por el teniente coronel..., Morelia, Talleres de la Escuela Insustrial Militar “Porfirio Díaz”, 1905, p.5.

Salazar. Quizá Ruiz tenía la idea de citar únicamente cuando el tema en cuestión fuera sobre la guerra de intervención pues de otra manera no comprendería su proceder a este respecto.

## El estilo historiográfico

Dado que el estilo historiográfico según Hayden White, no es otra cosa que una “combinación particular de modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica” al que se suma consiguientemente un tropo dominante que permitirá tener un conocimiento global de texto,<sup>51</sup> recurriré a la propuesta metodológica de White en la obra de Ruiz, más como una aproximación que como tesis acabada; será un primer acercamiento en el que trataré de analizar el estilo historiográfico de su *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*.

De los cuatro modos de explicación por medio del entramado que propone White (romance, comedia, tragedia y sátira), me parece que el que se identifica plenamente con la obra de Ruiz es el romance. Ruiz tramó su *Historia* de manera episódica como forma narrativa no tanto por hacerla más variada y deleitable, sino para detallar hasta donde fuera posible el carácter de aquella guerra en la que tomó parte. Hace hablar a los protagonistas de su historia en un tono novelado, y mediante el diálogo de dos o más personajes nos ilustra la situación imperante en la época. Su historia es un drama de liberación, es la lucha del pueblo mexicano, representado en este caso por los michoacanos, contra la opresión y el retroceso con los que se identifican los imperialista y traidores. El tono trágico aparece en muchas de sus páginas que narran el sufrimiento de su pueblo causado por “infames intrigas”; asesinatos, hambre, miseria y destrucción deberán ser enterrados por siempre, para dar paso a la justicia, el honor y la prosperidad de los mexicanos. Nada es gratuito. La historia para Ruiz no miente ni olvida; aunque el pueblo de Zitácuaro haya sido incendiado por los belgas, quedarán bajo sus escombros el testimonio de su lucha por la justicia y la libertad: “Desde 1863 hasta 1867, Zitácuaro se ve convertido en un altar de la independencia o en un santuario de la libertad. El incienso tenía olor de pólvora, las campanas tocaban a

---

51. White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. (Trad. de Stella Mastrangelo), México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp.38,40-46.

rebato; en la bóveda de aquel templo rugía la tempestad de la guerra, el canto sagrado eran las notas del Himno Nacional.

Allí la tierra era un campamento; la ciudad...no, lo que había sido ciudad eran escombros y carbones; el aire, el soplo de la muerte, y en vez de trigo y de maíz, las sementeras producían túmulos.

En los terribles combates que se libraron en aquellos campos, las montañas se cubrían de especuladores que lanzaban vivas a la patria. Eran las madres, las esposas, los hijos que en las cañadas y en los valles vertían su sangre por la independencia de México”.<sup>52</sup>

Ruiz veía en la monarquía un símbolo de esclavitud y estancamiento contra el cual había que luchar; por el contrario, la república representaba para él la libertad del individuo y el progreso material de los pueblos, por eso la defiende y triunfará finalmente por sobre todas las naciones cultas del mundo. El tiempo y la circunstancia histórica que le tocó vivir forjaron en Ruiz una postura realista de índole trágica que se refleja en su obra; pero tampoco escapó de la ironía: “Méndez, el terrible general Méndez, cuyos oídos sólo estaban impuestos a la adulación y a la lisonja de los diarios de México, se enfermaba de ataques biliosos cada vez que llegaba a sus manos el famoso *Pito Real*. Una ocasión, sobre todas, guardó cama muchos días porque el *Pito Real* con una gracia inimitable, refirió el hecho sobre natural de haberle hablado un candelero. ¡Tales cosas le diría!”.<sup>53</sup>

De esta manera las condiciones de tragedia e ironía perviven dentro del texto y se conciben como “fases” del proceso total que trata de explicar Ruiz; pero en sí, la estructura general que caracteriza la trama de don Eduardo es más bien el romance. A pesar de tantas dificultades llegó finalmente el triunfo de la república, la restauración de las instituciones legítimas, en fin, la resurrección de un pueblo que estuvo a punto de sucumbir.

La manera como Ruiz centra su atención en el campo histórico, tratando de darle variedad, viveza y colorido a todo lo que ocurrió durante la guerra, y recurriendo en repetidas ocasiones a la disgresión en su obra, es formista. No se preocupa mucho en hacer generalizaciones sobre la natura-

---

52. Ruiz, Eduardo. *Historia de la Guerra...*, pp.3-4.

53. *Ibid*, pp. 688-689.

leza del proceso histórico en su conjunto; más bien le interesa detallar hechos curiosos y a veces romancescos de la guerra que le tocó vivir. El lugar donde sucedieron los hechos, la participación de los combatientes de uno y otro bando así como su actitud en la lucha, representan el interés primordial para el historiador Ruiz. No niega que su relato está escrito con pasión, pero siempre apegado a la verdad; por eso advierte: “he adoptado en la narración el estilo episódico, no tanto por darle variedad, cuanto por sacar adelante mi propósito de fotografiar, hasta donde sea posible el carácter de aquella guerra; las costumbres y el lenguaje de las gentes en las comarcas donde se verificó; el estado que guardaban entonces las poblaciones; los personajes más notables, y ciertos tipos que aparecen en los días luctuosos de las revueltas políticas”.<sup>54</sup>

La forma en que Ruiz analiza los datos que emplea como explicación en su *Historia* es más dispersiva que integrativa. El carácter episódico que da a sus apuntes le permite entrar en pormenores que tienen un interés local de importancia, pero que difícilmente ayudarían a explicar un proceso histórico general. Así, escribe en su obra: “Llegamos a una época en que abundan en Zitácuaro los episodios de la campaña, ya sean o no de carácter militar. Para una historia general son de poca importancia sus detalles; pero en el género anecdótico de la que estoy narrando, sintetizan bien aquella guerra, la zaña de los imperialistas, el valor heroico de los soldados republicanos y el patriotismo exaltado de los habitantes de aquella magnánima ciudad.”<sup>55</sup>

Hay además en Eduardo Ruiz un providencialismo manifiesto, y esto permite identificar aun más la trama de su obra como un romance. El hombre que lucha por la libertad y la justicia siempre estará protegido por el ángel de la paz; no es que Ruiz trate de eludir una explicación racional de su realidad, sino que, llevado por su romanticismo acude a la providencia para darle un cariz cívico y patriótico a su relato. En un párrafo de su libro externó: “un hombre entre los asaltantes...el sordo Molina, llegó al muro, brincó sobre él y ayudó a la madre heroína y mártir a bajar a sus hijos y a descender ella

---

54. *Ibid.*, pp.IX,X.

55. *Ibid.*, p.190.

misma. Las balas respetaron aquel sublime grupo. ¡Lo cubría la égida de la providencia!”<sup>56</sup>

Por otro lado, aunque White opina que el anarquismo es la implicación ideológica del romanticismo,<sup>57</sup> no es el caso en Eduardo Ruiz. Su obra es más bien liberal. El contacto que nuestro personaje tuvo desde niño con Comonfort, Arteaga, Doblado, Montes y su propio padre don Toribio, lo llevarían a identificarse con la ideología del partido liberal y a luchar en favor de sus principios e intereses durante las décadas de los cincuenta y sesenta. Posteriormente, en los años de la república restaurada, y como consecuencia de la introducción en México de la filosofía positiva por Gabino Barreda, el liberalismo de Ruiz sufrió una transformación; se hizo más moderado, más conservador, aunque desde luego no se iguala con el conservadurismo de un Lucas Alamán, por ejemplo.

Ruiz se llamaba asimismo “hombre de sentido común”. Varias de las medidas tomadas años atrás por los gobiernos liberales en Michoacán, fueron criticadas por él, sobre todo si perjudicaban la conciencia y la identidad histórica de los michoacanos. El cambio de nombre de las poblaciones indígenas “por otros altisonantes”, le parecía ridículo e inconducente además de que causaban risa a los habitantes. “A Tzintzuntzan, la histórica capital del antiguo reino de Tzintzicha (Caltzontzin) se llamó Ciudad Primitiva, a Cuitzeo se le agregó <<del provenir>>, a Huango le nombraron del Rosario, para que con esta idea que contiene un dislate religioso, hubiera de todo, profano y sagrado. A Tancítaro y a Huetamo se les pusieron los apellidos de Medellín y Núñez por los generales Medellín y Núñez que ni mexicanos eran. Penjamillo se llamó primero Echeverría y luego Degollado. La Piedad tenía antes el nombre de Rivas y la legislatura actual acaba de cambiárselo en Cavadas. Por fortuna de la geografía y del buen sentido, los pueblos no han aceptado esta nomenclatura y se conservan los nombres primitivos”<sup>58</sup>

La explicación de su cambio de actitud en la vida, ya la había dado a conocer meses atrás cuando publicó un artículo sobre “el significado de la

---

56. *Ibid*, p.370.

57. White, Hayde. *Op.Cit.*, p.33.

58. *El Siglo Diez y Nueve*, T.54, No.9,937, México, 23 de marzo de 1872, pp.1-2. El subrayado es mío.

palabra pueblo”; en él Ruiz enfatizó: “cuando se ponen en práctica los principios de la política, se cometen por lo regular muchas faltas y se incide en muchas exageraciones. Entre esos dos eternos partidarios que se disputan la dirección del mundo, los conservadores nos quieren poner bajo el yugo de una aristocracia, los liberales quieren arrastrarnos a la tiranía del populacho. Hablamos de los hombres de uno y otro partido que exagera sus ideas. *Pero el hombre de sentido común sabrá comprender que (ante) el oscuro jesuitismo y la tenebrosa internacional, se han abierto una senda luminosa el progreso y la democracia*”.<sup>59</sup> Los liberales destruyeron, pero no construyeron; de ahí su interés por conciliar intereses entre ambos bandos.

La influencia de la filosofía positiva en Eduardo Ruiz es clara. Los temas de la democracia y el progreso, tan discutidos y tratados por los intelectuales de la época, estarán presentes a lo largo de su vida. Ruiz imaginaba que la estructura social del país se mejoraría en un futuro, pero ese futuro lo veía tan remoto que más bien le parecía una utopía. Por eso se muestra congruente con lo que existe a su alrededor y teme que todo se pierda de un momento a otro. “Yo no quiero - decía en 1872-, que el gobierno tenga lástima del niño, que se rodee como Jesús de esos retoños del porvenir que los eduque para la democracia; lo que sí deseo es que se practiquen las leyes. El niño se desarrollará, los retoños fructificarán y la democracia será un hecho. Cuando un gobierno no tiene iniciativa, que cumpla al menos con su deberes. En tanto se realizan esas utopías... contentémonos con lo que hay, no sea que todo lo perdamos”.<sup>60</sup>

Ruiz pensaba que el progreso del país se alcanzaría cuando el hombre fuera realmente libre, se acabaran los privilegios y no dependieran de la tutela de alguna corporación religiosa. Lejos de ver a las comunidades indígenas como un enemigo de la civilización, concibe a las personas que las forman como “otros tantos elementos del trabajo y del progreso” y “miembros útiles y activos de la nación”.<sup>61</sup>

Del mismo modo, existe en Eduardo Ruiz una cierta estrategia explicativa de corte mecanicista, dada la importancia que atribuye a elemen-

---

59. *El Progresista*, No. 68, Morelia, 28 de agosto de 1871, pp.3-4. El subrayado es mío.

60. *El Siglo Diez y Nueve*, T.54, No.10,105, México, 7 de septiembre de 1872, p.2.

61. *La República*, No. 71, México, 8 de agosto de 1883, p.1.

tos tales como el clima o la situación geográfica, como determinantes en los procesos históricos. En un artículo que publicó sobre la “Influencia de los climas en la constitución del hombre”, explicó: “Los climas benignos que reinan en la mayor parte del país, se prestan para el desarrollo físico del hombre. Las razas, pues, hallan aquí condiciones favorables para su perfeccionamiento, y por esto los indígenas de Michoacán se distinguen entre todos los aborígenes de la república por su constitución robusta, por la regularidad de sus formas, por su trato franco y afable, por su dedicación a las artes y al comercio. (En cambio), en la tierra caliente es víctima de enfermedades peligrosas y de otras que traen consigo la deformidad del cuerpo”.<sup>62</sup>

Finalmente, en lo que respecta al elemento tropológico en la obra de Eduardo Ruiz, no es mi interés ubicar cada uno de los tropos existentes en el texto que analizo, sino de ver cuál es el dominante en la concepción global del mismo. Me parece que el que predomina es la metáfora. Según White, la metáfora es representativa del mismo modo que se puede decir que el formismo lo es, y en esto coincide con la explicación formista de la realidad que nos ofrece Ruiz. Por medio de la metáfora, el autor transporta el sentido de una palabra a otra mediante una comparación mental y la emplea constantemente en la construcción de su relato, sobre todo cuando describe la situación y el paisaje natural en que se desarrollan los hechos. Así, vemos en un párrafo de su libro: “Por momentos creíamos que iban a desatarse sobre nosotros los raudales de que estaban preñadas las nubes”.<sup>63</sup> En la expresión “preñadas las nubes”, veremos que la frase está hecha para ser tomada en forma figurativa, pues no se puede “engendrar”, en el sentido estricto, una masa de vapor de agua suspendida en la atmósfera; más bien la palabra “preñada” indica que las nubes incluyen dentro de sí algo que no se descubre: la lluvia.

En otro pasaje Ruiz anotó: “La tarde, como lo son generalmente las de diciembre en nuestro clima, estaba esplendorosa y tranquila; transparente y perfumado el aire; de azul pálido la bóveda del cielo, y como cubiertas de una gasa cerúlea las montañas que rodean el extenso llano de Coapan”.<sup>64</sup> La

---

62. *El Siglo Diez y Nueve*, T.54, No.10,105, México, 7 de septiembre de 1872, p.2.

63. Ruiz, Eduardo. *Historia de la Guerra...*p.45.

64. *Ibid*, p.580.

frase “cubiertas de una gasa cerúlea” afirma también la adecuación del color azul del cielo que cubrían las montañas cercanas a Coapan. El término “montaña”, funciona como signo de una cosa u objeto en particular, pero el término “gasa cerúlea” es entendido como figura o símbolo de las características naturales que envuelven al objeto, o sea la montaña.

## APÉNDICE

Fuentes impresas utilizadas por Eduardo Ruiz

### Libros:

Arrangoiz, Francisco de Paula de. *México desde 1808 hasta 1867*, Madrid, Imprenta a cargo de Estrada, 1872.

Barail, Francois Charles du. *Mes Souvenirs*, París, Plon, T.II, 1895.

Basalencque, Fray Diego de. *Historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán del orden de N.P.S. Agustín*, México, Tipografía de Barbadillo y compañía, 3 Tomos, 1886.

Bordeau, *La Guerre au Mexique*, París, Librería Militar de S. Baudin, 1894.

Bustamante, Carlos María de. *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, México, Cumbre, T.III, 1894.

*Calendario del más Antiguo Galván*, México, 1866.

Gaulot, Paul. *L'Empire de Maximilien*, París, Paul Ollendorff, 1890.

Hans, Alberto. *Querétaro. Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, traducidas del francés con notas y rectificaciones por Lorenzo Elizaga, México, Imp. de Díaz de León y S. White, 1869.

Humboldt, Alejandro de. *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, Jalapa, Edic. Ruiz, 3 Vols., 1869-1870.

- Loomans, Ch. *Ocho meses de cautividad entre los indios de México*, Bouges, Daveluy, 1873.
- Martínez de Lejarza, Juan José. *Análisis Estadístico de la Provincia de Michuacán 1822*, México, Imprenta Nacional del Supremo Gobierno de los Estados Unidos, en Palacio, 1824.
- Memoria sobre la administración pública del Estado de Michoacán de Ocampo*, leída ante el congreso del mismo por el secretario del despacho, licenciado Francisco Pérez Gil, Morelia, Escuela Industrial Militar "Porfirio Díaz", 1890.
- Niox, Gustave León. *Expedition du Mexique 1861-1867. Récit politique et militaire*, Paris, Lib. Militaire de J. Mumaine, 1874.
- Riva Palacio, Vicente. *México a Través de los Siglos*, México, Cumbre, T.V, 1967.
- Calvario y Tabor*, México, Porrúa, 1985.
- Romero, José Guadalupe. "Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, T.VII, Nos. 1 y 2, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1862.
- Thoumas, Général Charles Antoine. *Les Francais au Mexique*, Paris, 1890.
- Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio. *Theatro Americano*, México, Editora Nacional, 2 Tomos, 1952.
- Zamacois, Niceto de. *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, México-Barcelona, Parres y compañía editores, T.XVII, 1878.

### Periódicos:

- Cronista de México.*  
*Diario Oficial del Imperio.*  
*El Buscapié.*  
*La Cuchara.*  
*La Municipalidad.*

*La República.*

*La Sociedad.*

*La Sombra.*

*Los Espejuelos del Diablo.*

*Periódico Oficial.*

**Otras fuentes que Ruiz no cita en su *Historia*:**

Barbosa, Manuel. *Apuntes para la Historia de Michoacán*, escritos por el teniente coronel..., Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar "Porfirio Díaz", 1905.

Portilla, Anselmo de la *Historia de la Revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna, 1853-1855*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1856.

Coromina, Amador. *Recopilación de Leyes, Decretos, Reglamentos y Circulares expedidas en el Estado de Michoacán de Ocampo*, Morelia, Imprenta de los Hijos de Arango, T.XV, XIX, 1887.

*La Restauración*, T.I, No. 1, Morelia, 26 de febrero de 1867, p.3.